

Pedro y Clara

Definitivamente, éste iba a ser nuestro último viaje. Después, habíamos decidido regresar a casa. Ya llevábamos muchos días fuera y empezábamos a estar preocupados por nuestras familias. Algunos nos sentíamos muy culpables por el sufrimiento que les estábamos causando pero, por otra parte, había momentos que merecía la pena vivir, aunque fuese a disgusto de nuestros padres.

Discutimos mucho para decidir el lugar al que iríamos por última vez en nuestro fantástico viaje. Iván, que sin duda había visto muchas películas, se dejó decir de repente:

-A mí lo que me “molaría” sería poder ir a una guerra.

-¡Sí, sí! -empezaron a vocear Iván, Juan, Enol, Manuel, Carlos y Alberto.

-¿Os creéis que es como en las películas? -preguntó Daniel con tono descreído.

-Yo opino como Daniel -añadió Jorge-. Las guerras de verdad son mucho más crueles que en los dibujos animados.

-¡Eso ya se sabe! -opinó Carla-. No te vas a levantar después de que te pase por encima un carro de combate, como hacían el otro día en una “peli” que estuve viendo.

-¡Pum, pum! -disparaba Enol, mientras apuntaba con el dedo a un blanco imaginario.

-¿Qué haces, Enol? -preguntó Elena con tono de reproche-. ¿Piensas que si nos metemos en una guerra de verdad vas a disparar con el dedo?

El resto de las chicas, entre tanto, se mantenían aparte, cuchicheando entre ellas. No se sabía lo que estaban tramando, hasta que...

-Bueno, vale - dijo Sara-. Las chicas estamos de acuerdo con irnos a una guerra, pero será el último viaje que haremos al pasado.

-Y además -añadió Loreto-, si vamos a una guerra, será a la Guerra Civil Española.

-¿Y por qué a esa guerra y no a otra? -preguntó intrigado Iván.

-Porque, por lo menos, allí donde vayamos, hablarán castellano, y podremos conversar tranquilamente con la gente -respondió Alba con gran seguridad.

Todos estuvimos conformes. Nos subimos en la máquina y...

-¿Y qué fecha le ponemos? -preguntó Elena, olvidándose de lo que habían estudiado en clase-. A ver, los “niños esponjas”, como dice el profe, ¿qué fecha hay que poner?

-¡Mil novecientos treinta y seis! -dijeron unas cuantas voces a la vez, quitándose la palabra unas a otras.

Y así lo hizo. Elena tecleó el año 1936 y... ¡¡¡Ratatatatataaaaaa!!! Un estruendo insoportable se oyó sobre nuestras cabezas, mientras todos nos lanzábamos al suelo. Unos soldados pasaron corriendo y nos gritaron:

-¡Eh, chicos! ¡Al refugio! ¡Al refugio!

Echamos a correr hacia la boca de metro donde nos indicaban los soldados. Faltaron décimas de segundo para que una bomba, que cayó a escasos metros de nosotros, nos hubiera borrado definitivamente del mapa.

Corrimos muchos metros bajo tierra. La gente con la que nos encontrábamos, lejos de estar asustada, estaba tan tranquila, gastándose bromas unos a otros. Parecía mentira que en el medio de aquel infierno, alguien tuviera ganas de bromear.

Unos niños jugaban a las canicas en tan pequeño espacio que parecía imposible que allí se pudiera jugar a nada. Nos acercamos a ellos y les preguntamos:

-¡Eh, chicos!, ¿en qué ciudad estamos?

-¿Cómo?, ¿pero es que no sabéis dónde estáis? -preguntaron extrañados.

-No -dijo Jorge, que era el especialista en inventar fantasías sobre la marcha-, pero os lo podemos explicar. Veréis, es que acabamos de llegar en un camión, veníamos dormidos en la parte de atrás y, de repente, el conductor nos despertó gritando: “¡Abajo!, ¡abajo!”. Después, tuvimos que correr hasta aquí para refugiarnos del bombardeo.

-¡Ah, bueno! -dijo más tranquila una niña rubia, de ojos azules, que vestía harapos y que estaba bastante sucia-. Entonces se comprende que no sepáis dónde estamos.

-Pues esto es Madrid, y estáis en una boca de metro, que ahora sirve de refugio cuando hay bombardeos -nos aclaró un muchachito más alto que la niña, pero tan sucio como ella.

-¿Y en qué bando estáis? -preguntó Beatriz con curiosidad.

-Pues en cuál va a ser, en el de la República -dijo el muchacho un poco ofendido.

-¡Ah!, o sea, que todavía no cayó Madrid -soltó Andrea sin darse cuenta de lo que decía.

-¡Toma, ni caerá! -se enfadó la niña-. ¿Pero tú qué eres, adivina o qué? ¡Anda con la listilla!

-No, no quise decir eso... -se disculpó Andrea como pudo.

Sin embargo, todos nosotros sabíamos que pronto caería Madrid en poder de los franquistas. No sabíamos exactamente cuándo, pero después de muchos bombardeos, muertes y sufrimientos, la capital de España pasaría a manos de los “rebeldes”.

Al cabo de un rato, se oyeron las sirenas. Todo el mundo comenzó a abandonar el refugio, con tanto orden que quedamos sorprendidos.

Acompañamos a nuestros nuevos amigos. Su mayor preocupación, y también la nuestra en aquellos momentos, era el conseguir algo de comida, lo que resultaba una misión casi imposible en aquella ciudad medio destruida por las bombas.

Pedro y Clara, que así se llamaban los niños, nos guiaron en medio de los escombros por estrechas callejuelas, hasta que nos encontramos en las afueras de la ciudad. Conocían un campo sembrado de patatas, pero el problema era que estaba en territorio enemigo. De cualquier forma, si queríamos comer, no nos quedaba más remedio que robarlas. Arrastrándonos por el suelo, salvando los alambres de espinos y aprovechando la escasa luz del día que quedaba, logramos coger unas cuantas patatas sin que nadie nos descubriera y alejarnos desde allí hasta un lugar seguro. Prendimos un fuego y

metimos las patatas en las brasas. Como teníamos hambre, aquel modesto plato nos supo a gloria.

Todavía no habíamos terminado de comer, cuando se volvieron a oír las sirenas anunciando un nuevo bombardeo. Echamos a correr hacia donde nos indicaban nuestros amigos, pero con los apuros, Ángela y Marta se perdieron. Nosotros continuamos la carrera hasta el refugio y no nos quedó más remedio que esperar a que pasara el peligro.

Al salir, preocupadísimos, comenzamos la búsqueda de nuestras compañeras perdidas. Cerca del refugio había un edificio recién caído y nos quedamos un momento mirando aquel desastre.

-¡Eh! ¡Escuchad! -reclamó Manuel.

-¿Qué? Yo no oigo nada -dijo Sara.

-¡Callad! ¡Sí, sí que se oye algo! -afirmó Loreto-. Es la voz de Marta. ¿O es Ángela? Bueno, no la distingo bien, pero seguro que es una de ellas.

Todos callamos y aguzamos el oído.

-¡Socorrooooo! ¡Estamos aquí! -parecía oírse muy bajo, como si quien lo gritaba estuviese muy lejos.

-¡Aquí, aquí! -dijo Illán convencido, mientras comenzaba a cavar y a quitar cascotes.

Todos queríamos colaborar, aunque al principio parecía que nos estorbábamos más que otra cosa.

-No, así no podéis hacerlo -nos dijo Pedro con voz de experto-. Tenemos que hacer una cadena humana y nos vamos pasando las piedras unos a otros.

Así lo hicimos y, tras dos horas de duro trabajo, conseguimos abrir un boquete lo suficientemente grande para ver a Marta y Ángela.

-¿Estáis bien? -les preguntó Clara.

-Sí, pero no podemos salir de aquí, estos cascotes nos impiden el movimiento -contestó Marta.

-¿Estáis heridas? -preguntó Juan.

-No, creo que no -dijo Ángela, mirando para su compañera de aventura, mientras ella negaba con su cabeza.

-Tenemos que pedir ayuda -dijo Pedro.

-¿Y a quién? -le preguntó Iván.

-A la patrulla de rescate.

-¿A la patrulla de rescate? -repitió Iván como si fuera el eco.

-Sí -afirmó Pedro-. Hay una patrulla que circula por cada barrio para salvar a la gente que queda atrapada como vuestros compañeros.

Algunos quedaron haciendo compañía a los tres accidentados, mientras el resto fuimos en busca de la patrulla. Al cabo de media hora, regresamos con un buen grupo de gente dispuesta a ayudar. Valiéndose de palancas y otros artefactos, consiguieron liberar a nuestros compañeros tras un buen rato de intenso trabajo.

Todos agradecemos a la gente su colaboración, y muy especialmente a Clara y Pedro.

Efectivamente, la guerra no era como se contaba en las películas. Cuando todavía no nos habíamos repuesto del susto, las balas comenzaron a silbar sobre nuestras cabezas. Esta vez no lo pensamos dos veces, y en lugar de echar a correr hacia un refugio, lo hicimos hacia la máquina del tiempo. Una ráfaga se sintió en la chapa metálica de nuestro vehículo. Temimos que

se estropeará y que ya nunca pudiéramos regresar a nuestras casas. Algunos no pudimos contener nuestras lágrimas. Aquello no podía ser cierto, tenía que tratarse de una pesadilla. Ésta iba a ser nuestra última aventura y ahora...